

# La pieza que no encaja

## PRIMER CAPÍTULO DE LA SEGUNDA PARTE



Pero cómo decirle que para mí era como salir del armario de nuevo. Y eso que la vez anterior no fue nada traumática, creo que yo siempre he sabido que era gay y mi familia también, parece que sólo estaban esperando a que les presentase a un chico como mi novio para confirmarlo. Así fue, nada de conversaciones incómodas, cero dramas, como siempre he creído que debería ser. A todos se nos llena la boca hablando de opciones sexuales, decimos que es tan válida la una como la otra, pero cuando eres tú quien elige una opción sexual diferente a la de la mayoría, tienes que dar mil explicaciones y hablar de cómo te sientes con todo el mundo. Pero yo no, nací con una opción sexual y viví con ella, sin más. El día que vea a un heterosexual dar explicaciones sobre por qué le gusta una mujer, yo daré las mías. ¿Absurdo, verdad? Pues eso.

El caso es que en ese momento sí tuve que dar explicaciones. A mis padres, a mis hermanas, a mis amigos y hasta a mis compañeros de trabajo, que de tanto mirarnos las caras de hastío cuando los clientes se ponían tocapelotas, se habían convertido en hermanos. Y me agobié. Sencillamente, me agobié. Vale, también me acojoné un poquito. Sí, el detonante de toda esa situación fue Javi, que vino a poner en palabras lo que todos pensaban a mi alrededor. Que sólo era una fase, una pulsión por probar aquello que nunca quise porque siempre lo tuve demasiado claro. Él piensa que la confusión inicial a la que se enfrentan la mayoría de las personas que sienten como nosotros es un mecanismo del cerebro que te ayuda a descartar la otra opción sin género de dudas. Vamos, que como no sabes lo que quieres (o sí lo sabes, pero te da miedo admitirlo), follas como método de descarte. Y yo pienso que es gilipollas y no me di cuenta en cinco años de relación. Yo no estaba confundido, a mí me seguían poniendo cachondo las pollas duras y los torsos peludos. Era ella quien lo hacía diferente.

No es que ella tuviese la llave que me había abierto la puerta a todos los encantos femeninos, es que me gustaba ella. Sólo ella.

Aclarado este punto, sigo con mi historia. Yo le había pedido tiempo. No tiempo separados, simplemente tiempo para hacerme cargo de mi nueva situación e incorporarla a mi vida como algo normal. Tiempo para poder caminar junto a ella con su mano entre las mías. Tiempo para presentársela a mis amigos. Tiempo para hacer público lo nuestro. Pero ella salió huyendo. No es que se lo recriminase, es que simplemente no lo entendía. Joder, estaba confuso, era normal, ¿no? Había cambiado hasta mi forma de sentir por ella. Lo que todavía no entendía es que yo no había cambiado nada por ella, sino que había sido ella quien lo había logrado cambiar sin pretenderlo. Sin ella quererlo ni yo buscarlo, había puesto mi vida patas arriba y yo había reaccionado poniendo excusas para poder esconderme bajo el edredón, donde se estaba muy calentito. ¿Huía ella o me escondía yo? Me contradecía constantemente.

Como diría Joaquín Sabina, “la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido”. Trabajo, amigos... pero nada de encontrar un cuerpo con el que retozar en la cama hasta correrte del gusto. No hablemos ya de encontrar a una persona con quien plantearse algo más allá de un aquí te pillo aquí te mato. Vamos, que no me apetecía lo más mínimo, era un inapetente emocional. ¿Y Ana? Pues la verdad es que no sabía nada de ella. Podría haberla llamado pero ¿qué le iba a decir? ¿Por favor, sigue conmigo aunque parezcamos dos adolescentes que se esconden de sus padres? Ya me había dejado claro que no era lo que quería, aunque también me había dicho que si cambiaba de idea la llamase. Pero ese mensaje... ese mensaje que ni siquiera había contestado. Escocía, tenía el orgullo un poco resentido. Y eso nunca, nunca, te lleva a hacer nada bueno...

## — Capítulo 1 —

—Chicas, sois un coñazo, ¿lo sabíais? — ahí estaba, pintándome como una puerta ante la atenta mirada del grupo al completo. Hacía ya un mes de mi ruptura con Lucas y ya se habían cansado de mis “no me apetece”, “no sé” y “mejor nos tomamos una en mi casa”, así que hoy habían decidido sacarme de mi guarida aún en contra de mi voluntad.

Cuando todo ocurrió me permití una semana de llanto descontrolado. En realidad, el drama no fue tal, pero prefería curarme en salud. Después de acabar con las existencias de pañuelos de papel el primer día, sólo me cayeron unos cuantos lagrimones con las típicas películas moñas de después de comer. Pero, aunque no pareciese un alma en pena, la situación me había robado la energía. Nunca me apetecía hacer nada y si iba al trabajo todas las mañanas, era porque necesitaba hasta el último céntimo para pagar el alquiler. Las chicas consiguieron sacarme de casa un par de veces, pero se hartaron de intentar mantener una conversación conmigo y me dejaban vegetar con la copa de vino calentándose en mis manos mientras miraba a la pared. Algunos pensarán que no era para tanto, que tampoco nos conocíamos tanto y probablemente tuvieran razón, pero una no controla la intensidad de sus sentimientos, los vive y punto.

El caso es que aquí estábamos, todas apelotonadas en la puerta del baño viendo cómo me hacía el eyeliner como quien manipula una bomba. Me había puesto (en contra de mi voluntad, que conste), un vestido turquesa con un estampado de flores de diferentes colores y escote en forma de corazón que me quedaba como un guante. Según las arpías de mis amigas, me hacía arrugas debajo de las tetas, porque con esa actitud de frígida victoriana había perdido varios kilos. Según yo, me quedaba perfecto para poder respirar.

—¡Vamos, coño, que nos van a cerrar el restaurante! —me gritó Macarena antes de beberse del tirón el vino que quedaba en su copa.

—Os jodéis, esto ha sido idea vuestra, así que no te quejes que hacía mucho que no me maquillaba.

—No hace falta que lo jures, últimamente parecías un orco de Mordor—dijo Lara mirándose las uñas.

La miré de reojo sin contestar. Iba a cagarme en todos sus muertos pero la verdad es que tenía razón. Hasta se me había secado el rímel de no usarlo y había sudado tinta para que no me quedasen pelotillas en las pestañas. Pero nunca había tenido la piel tan lozana, va a ser verdad que maquillarte todos los días tampoco es bueno.

—Bueno qué, ¿ya parezco una persona normal?

—Normal, normal... al menos se te puede sacar de casa. Venga, vámonos de una vez—dijo Mónica. Estaba muy guapa. Ya hacía dos semanas que no sabía nada del niñato de Álex. La última vez que le había visto, se lo había llevado la policía a comisaría. Tuvo la mala suerte de empujarla contra una pared justo al lado de una pareja de la nacional que acababa de salir de una cafetería. Cuando Mónica les dijo que no era la primera vez y que le había denunciado, le metieron en el coche y se lo llevaron. Le debió valer como susto, porque fue la última vez que le vio.

Cogí mi pintalabios permanente y me pinté de un rojo intenso, por primera vez de un color más fuerte que el que usaba Mónica a diario. Debería estar hidratándome los labios toda la noche si no quería que se secase, se cuarteara y pareciera recién salida de las tres mil viviendas, de buscar un chute de caballo.

—Lista. ¿Nos vamos ya o tengo que pasar revista?

—Que bragas te has puesto? —preguntó Macarena mientras Libertad la miraba tapándose los ojos con la mano. Parece que el embarazo le había hecho olvidar las salidas de tiesto de Maca y eso que la conocía de toda la vida.

—¡Y yo qué sé que bragas me he puesto! ¡Pues las primeras que he pillado que no se me marcasen con este vestido del demonio! —exclamé.

—Mal—dijo ella—.Ahora mismo vas a tu habitación y te cambias.

—¿Pero yo para qué me tengo que cambiar de bragas si con estas voy bien?

—De tu total dejadez a la hora de elegir ropa interior se deduce un amplio desinterés hacia el sexo masculino—dijo muy repipi.

—Vamos, que te has puesto las bragas de tu abuela porque no piensas follar ni bajo tortura—Aclaró Mónica.

—Es que no entraba en mis planes follar, la verdad—dije metiendo el pintalabios en mi clutch negro con calaveras en el cierre.

—Ese es el problema, que da igual lo que quieras—. Ante mi mirada de estupefacción hizo gestos con la mano para que le dejase continuar—. Tienes que sentirte poderosa para atraer buenas sensaciones y eso pasa por ponerte unas bragas poderosas así que ya estás tardando.

Con las cejas arqueadas y los ojos muy abiertos, fui a mi habitación a cambiarme de ropa interior. No es que me creyese ni una palabra de lo que decía esa loca pero cualquiera le llevaba la contraria.

—Y deja esa cara de frígida en casa, haz el favor. Que tú no querrás follar pero a mí hace tiempo que no me tocan las palmas y estoy con ganas de flamenquito.

La madre que la parió.